

La representación de la mujer rifeña en la obra de Najat El Hachmi

Leila Tamsamani
Universidad Mohammed V de Rabat
Marruecos

Introducción

Es sabido que el tema de la mujer en la literatura no es nuevo, ya que tiene raíces que se remontan a siglos atrás. Un ejemplo es Antígona, uno de los primeros personajes femeninos en la historia literaria, protagonista de la tragedia de Sófocles en el siglo V a.C. No obstante, aunque la presencia de mujeres como personajes en novelas ha sido constante a lo largo del tiempo, es frecuente observar que estos personajes femeninos solían tener roles secundarios o estar relegados a un segundo plano.

La indagación en la esencia de la mujer, especialmente en las culturas orientales, ha sido un enigma para escritores y escritoras ajenos a estas culturas. El caso de la mujer marroquí ha suscitado interés, particularmente en lo concerniente a su ámbito íntimo: su vida privada, su hogar, su entorno familiar y aspectos no visibles desde una perspectiva externa. En este artículo nos enfocaremos particularmente en la mujer rifeña, dado que en las obras que analizaremos, los personajes femeninos son oriundos de esta región, situada en el norte del país.

Najat El Hachmi, originaria de Beni Sidel, Nador, nació en 1979 y emigró a Vic (Cataluña) a la edad de ocho años junto a su familia, donde creció. Después de estudiar Filología Árabe, trabajó como mediadora cultural y técnica de acogida antes de adentrarse en el mundo de la literatura (El Hachmi, 2015, 7). Durante más de dos décadas, su trayectoria literaria ha abarcado la publicación de novelas como *Jo també sóc catalana* (2004) y *La cazadora de cuerpos* (2011), junto con incursiones en otros géneros como su ensayo *Siempre han hablado por nosotras* (2019).

Aunque escribe en catalán, la autora no puede separarse de su identidad marroquí y de todos los elementos culturales, lingüísticos y sociales asociados. En sus relatos, emerge la imagen de la mujer rifeña marroquí, moldeada por su propia percepción y reflexión sobre el mundo que le rodea (Flores, 132). Narra las vivencias de personajes femeninos inmersos en la migración de la comunidad rifeña a Cataluña. Estos personajes se enfrentan a desafíos debido a su origen marroquí, su pertenencia a la clase social baja, su condición de inmigrantes y su género.

Analizaremos cuatro obras literarias de la autora: *El último patriarca* (2008), galardonada con el Premio Ramon Llull y traducida a diez idiomas, *La hija extranjera* (2015), ganadora del Premio Sant Joan de narrativa, *Madre de leche y miel* (2018) y *El lunes nos querrán* (2021), laureada con el Premio Nadal de Novela 2021. Estas novelas están escritas en primera persona, todas narradas por voces femeninas: la hija de Mimoun, la hija de Fátima (Sara Sqali), Fátima y Naíma, respectivamente.

Nuestra opción por analizar estas obras halla su justificación en el hecho de que sus protagonistas femeninas se instituyen como figuras representativas de la mujer rifeña que emigra a Cataluña. La trama transcurre en dos lugares, Marruecos y España. Aunque las historias son distintas, comparten una estructura social y un patrón de vida común entre las cuatro novelas.

El propósito de este artículo es, entonces, acercarnos a la representación de la mujer marroquí, rifeña en particular, en la obra de Najat El Hachmi. Para ello, recurriremos al método comparativo, el cual implica contrastar o encontrar similitudes con lo familiar para comprender aquello que aún no se conoce (Nohlen, 43). Esta metodología nos permitirá organizar los rasgos distintivos de la mujer rifeña y a compararlos a través de tres enfoques. En primer lugar, contrastaremos la educación femenina con la educación masculina, considerando el contexto de los personajes dentro de una sociedad patriarcal. El segundo enfoque abordará la dinámica entre madre e hija, examinando la diferencia entre la inmigrante de primera generación y la de segunda. La última comparación se centrará en la mujer rifeña marroquí y la mujer europea catalana, explorando sus similitudes y diferencias dentro de la sociedad catalana.

Con este enfoque, buscamos comprender la posición de la mujer de ascendencia marroquí en su contexto social, cultural, geográfico y lingüístico. Asimismo, nos proponemos responder a las siguientes interrogantes: ¿Con qué perfiles aparece la mujer marroquí en la obra de la autora en cuestión? ¿Se presenta su imagen de manera estereotipada, verosímil, realista...? ¿Hay elementos autobiográficos en sus relatos?

La mujer rifeña: entre poder y subordinación

La comprensión del dinamismo y la esencia de la mujer marroquí en la obra de Najat El Hachmi resulta casi imposible sin tener en cuenta el contexto en el que se desenvuelve. La propia autora procede de la región del Rif, o sea de una sociedad jerarquizada por géneros, donde prevalece la dominación masculina y la subordinación femenina, caracterizando así un entorno que puede ser identificado como patriarcal.

Desde una perspectiva etimológica, el patriarcado puede ser definido como el "gobierno de los padres". En este contexto, se manifiesta como una estructura social en la cual los hombres ostentan el monopolio del poder, y su papel se centra en el ejercicio de la autoridad y la transmisión de esta dinámica a lo largo de las generaciones masculinas (González, 57). Kate Millett (1969), feminista estadounidense, ofrece dos definiciones esclarecedoras acerca del patriarcado. En primer lugar, lo concibe como "organización y estructura socio-política que asegura el poder de los hombres y subordina a las mujeres, por lo que la relación entre los sexos es política" (*Id.* 57-58). En segundo lugar, lo describe como un entramado social fundamentado en una ideología de supremacía biológica, la cual se impone sobre las mujeres y castiga con violencia a aquellas que desafían sus normas, ya sea en el ámbito familiar o en la sociedad en general (*Ibid.*).

Este sistema social se erige como el telón de fondo en las cuatro obras objeto de nuestro análisis, configurándose como el entorno donde los personajes femeninos se desarrollan bajo la autoridad masculina. En *El último patriarca*, se evidencia de manera destacada la disparidad de oportunidades entre hombres y mujeres rifeños, siendo más marcada la perspectiva masculina. La narrativa sigue la historia de Mimoun, un hombre criado en un pueblo del Rif, detallando sus vivencias, migración, experiencia en el extranjero, y cómo su educación e ideología moldearán su relación con su hija, quien asume el papel de narradora.

Es sabido, tal y como lo afirma Martínez Rivera y Díaz del Ángel (43), que la estructura de la sociedad patriarcal encuentra su organización primordial en el núcleo social al que

el individuo se vincula, eso es la familia. Las normas patriarcales y las disparidades de género se manifiestan inicialmente en el ámbito doméstico para luego proyectarse en el espacio público. Estas normativas, arraigadas en la ideología androcéntrica, se centran mayoritariamente en la formación de la mujer, orientada predominantemente hacia la institución del matrimonio.

Los códigos de conducta, adaptados de forma distinta para hombres y mujeres, hallan su fundamento en las diferencias biológicas entre ambos géneros (Figueroa-Perea,225). A partir de esta premisa, se le asigna a cada género un valor que abarca diversas dimensiones, tales como lo social, cultural, político y económico.

Parece que el mero hecho de nacer como mujer se percibe como una condición inferior al hombre, dando lugar a la imposición de trabas, interdicciones y obligaciones. En el imaginario de la autora, la sociedad patriarcal en la región del Rif dicta que la principal aspiración de la mujer ha de ser contraer matrimonio, tener hijos y dedicarse a su crianza. Por esta razón la función intrínseca a la figura materna se despliega en la obra de la autora como un imperativo del cual no se tolera apartarse:

Mi madre tenía la obligación de vigilarme, de no permitir que me aliera del camino recto, si yo transgredía alguna norma, ella sería la responsable por no haberme educado como Dios manda. Y tenía que enseñarme a ser una buena ama de casa. Cocinar y limpiar el día entero para que cuando viviera en la mía fuera competente en mis labores. (El Hachmi, 2021, 63).

El perfil de la mujer tradicional representa una de las representaciones más arraigadas en el imaginario androcéntrico. El tratamiento que la novelista hace de la cuestión de género deja mostrar que la mujer rifeña se ve destinada a cumplir con las labores domésticas, atender el hogar y mantener una conducta no provocativa en relación con el patrón patriarcal. El respeto emerge como una de sus cualidades primordiales, especialmente en lo que concierne a la familia política, con la cual ha de compartir su vida y su hogar tras contraer matrimonio. Se espera que demuestre sujeción, subalternidad y obediencia hacia su suegra, ajustándose a sus instrucciones (Aveiro Vargas, 37).

En definitiva, se educa a las niñas con el objetivo de que sean buenas mujeres, buenas esposas y buenas amas de casa. El ser femenino está orientado a consolidar expectativas vinculadas al matrimonio, la familia y la sumisión restringiendo, en la mayoría de los casos su acceso a la educación formal y limitando la autonomía y expresión individual. La materni-

dad se instituye, a estas alturas, como un culto que implica la "máxima realización de las mujeres" (Aveiro Vargas, 40). De hecho, la narrativa que nos ocupa muestra que, en la sociedad rifeña, la labor doméstica, que abarca incluso tareas fuera del hogar, como lavar la ropa en el río, ha sido tradicionalmente asignada a las mujeres. Esta dinámica perpetúa la pérdida de derechos para las mujeres, quienes ven limitado su acceso a la esfera pública, a la educación y al ámbito laboral. La sociedad rifeña desestima la importancia del conocimiento y la educación una vez que las mujeres contraen matrimonio, relegándolas a roles más tradicionales y restringiendo sus oportunidades de desarrollo personal y profesional.

Todo da a entender que las obligaciones en el dominio público recaen principalmente sobre los hombres, cuyo propósito primordial consiste en trabajar fuera del hogar para garantizar el sustento económico de su familia. En este contexto, la educación y el empleo no son simplemente vistos como derechos, sino como responsabilidades, ya que su papel principal es el de proveer para el hogar. Por consiguiente, su formación no se centra específicamente en prepararse para el matrimonio.

Vínculos de reliance: de la figura paterna al esposo

Como se ha señalado previamente, el patriarcado ejerce su influencia desde el núcleo de la familia. En este sentido, la subordinación de la mujer al hombre se gesta en su entorno más íntimo: "Me habían explicado tantas veces eso de que en tu cultura la mujer pasa de estar bajo la autoridad del padre a estar bajo la autoridad del marido que ya me lo había creído" (El Hachmi, 2008, 324).

En primer lugar, la mujer rifeña se encuentra en una posición de subordinación ante su progenitor, quien personifica la figura de autoridad y poder en el hogar. En efecto, en la narrativa de El Hachmi, la dinámica entre padre e hija se torna compleja a medida que transcurre la transición de la infancia a la edad adulta. Durante los primeros años, mantienen una proximidad notable, compartiendo frecuentemente momentos juntos y asistiendo a lugares públicos. No obstante, a medida que la hija atraviesa el proceso de crecimiento y se convierte en mujer, la relación experimenta cambios significativos. El padre, al notar transformaciones en el cuerpo de su hija, comienza a reflexionar sobre la necesidad de que ella se cubra y evite llamar la atención (El Hachmi, 2021, 45). En consecuencia, este patrón de pensamiento da lugar a la imposición de normas machistas, ejerciendo presión sobre la

hija para que contraiga matrimonio y adopte un comportamiento acorde con la noción de una "mujer decente".

En *La hija extranjera* y *Madre de leche y miel*, se experimenta la notable ausencia de la figura paterna, producto del abandono por parte del progenitor a su hija y su esposa. En agudo contraste, notamos que en *El último patriarca* y *El lunes nos querrán*, los padres de las protagonistas se manifiestan de manera conspicua en la cotidianidad de sus hijas, llegando incluso a inmiscuirse en los intrincados vericuetos de sus vidas privadas.

En *El último patriarca*, el personaje central, Mimoun, se erige como el aplicador inflexible de las leyes patriarcales en la educación de su hija, aunque sus acciones no estén exentas de contradicciones. Un ejemplo patente de esta dualidad se manifiesta cuando, en su lugar de origen, obliga a su esposa e hija a ocultar sus rostros y restringir su presencia en lugares públicos. Sin embargo, al emigrar a Cataluña, su postura se revierte por completo, oponiéndose vehementemente al uso del velo por parte de su hija y llegando a exigirle que lo descarte, a pesar de haberlo adoptado previamente por convicción personal.

La aplicación de estas reglas patriarcales, marcada por la afirmación de su cumplimiento, da paso en ocasiones a manifestaciones de violencia. En situaciones en las que la hija se niega a someterse a las imposiciones de su padre o deshonor las expectativas impuestas, este recurre, ya sea de manera psicológica o física, a la agresión como medio de afirmar su autoridad (El Hachmi, 2008, 201).

De este modo, la función paterna alcanza su culminación al entregar a la hija al hombre que se convertirá en su esposo. A partir de ese momento, el padre concluye su papel como educador, marcando el punto final de su responsabilidad al haber cumplido su tarea más trascendental: la de concertar el matrimonio de su hija. Así, ella transita de la tutela paterna a la del esposo.

En segundo término, la presencia del esposo emerge como otro factor determinante en la trayectoria de la mujer rifeña. En virtud de las normas culturales, la mujer casada se encuentra constreñida a desempeñar su papel predefinido: convertirse en ama de casa, ejecutar las labores domésticas y mantener una obediencia inquebrantable hacia su marido. El capítulo quinto de la primera parte de *Madre de leche y miel*, titulado "Tu casa no es tu casa", subraya con elocuencia la premisa de que el hogar definitivo para una mujer no reside en la morada paterna, sino en la residencia conyugal.

En la narrativa de Najat El Hachmi, el matrimonio para la mujer se presenta como un destino ineludible, ya sea con un conocido o un desconocido. La práctica de la endogamia, específicamente el enlace entre primos, se manifiesta como una realidad arraigada. Este

fenómeno encuentra su expresión más marcada entre las jóvenes inmigrantes marroquíes, para quienes se percibe como una oportunidad de mejorar la calidad de vida de otro miembro de la familia en el extranjero, simplificando los trámites y papeles mediante el proceso de reagrupamiento familiar. Del mismo modo, contraer matrimonio con un pariente no solo se interpreta como una garantía, sino también como un privilegio para otras mujeres de la región, como lo subraya la autora: "Que te cases con él es mejor que ir a parar a una familia extraña a la que no conoces de nada" (El Hachmi, 2008, 255). Este rito matrimonial, impregnado de múltiples dimensiones, revela las complejidades y las estrategias inherentes a la experiencia de la mujer inmigrante en este específico contexto cultural.

En *El último patriarca*, la representación del esposo se configura como un individuo machista y violento cuya meta es someter a su esposa. Esta dinámica engendra diversos elementos derivados de su comportamiento, incluida la dependencia económica y social de la mujer. Este fenómeno impacta de manera integral en las rutinas cotidianas, a través de actividades tan simples como ir al mercado. La mujer se ve, así, constreñida a no llevar a cabo ninguna tarea fuera del hogar sin la presencia y aprobación de su esposo, a menos que sea estrictamente obligatoria.

En este contexto, la dependencia de la esposa de Mímoun adquiere una omnipresencia asfixiante. Su esposo ejerce un control tan firme que alcanza dimensiones inusitadas, llegando al extremo de prohibirle participar en eventos públicos cuando él está ausente, incluso en compañía de su propia hija. Esta constatación impactante se revela durante los viajes de Mímoun, momentos en los cuales su mujer se ve limitada en sus acciones más allá de las fronteras físicas que él impone. La hija, al presenciar estas restricciones impuestas por su progenitor, se sumerge en una reflexión profunda, tomando conciencia del grado de domesticación al cual su madre se halla sometida. La revelación despierta en ella la preocupación de que este sometimiento pueda prolongarse a lo largo de toda su existencia, marcando un sutil pero poderoso reconocimiento de la opresión que permea sus vidas (El Hachmi, 2008,241).

La influencia de la formación paterna y el comportamiento del cónyuge puede incidir de manera tanto favorable como perjudicial en la vida de la mujer rifeña. En determinadas circunstancias, dos mujeres inmigrantes rifeñas radicadas en el mismo vecindario catalán, a pesar de compartir una herencia cultural común, experimentan modos de vida divergentes. Mientras una disfruta de una mayor libertad, pudiendo moverse sola por lugares públicos y realizar visitas regulares a Marruecos para reunirse con su familia, la otra se ve constreñida por la rigidez y restricciones impuestas por su esposo. Este contraste revela el papel deter-

minante que desempeñan las actitudes paternas y conyugales en la configuración de la autonomía y el estilo de vida de las mujeres rifeñas inmigrantes (El Hachmi, 2008, 218).

Puede afirmarse, en última instancia, que estas dos figuras masculinas constituyen el epicentro de la familia, siendo portadores de una ideología cuyos rumbos se proyectan de manera directa sobre el devenir de las mujeres que comparten el mismo hogar, ya sean esposas o hijas.

La pubertad: una fase crucial en el ciclo vital de la mujer rifeña

Es lugar común afirmar que el ciclo biológico de la mujer es una experiencia universal, siendo la pubertad una de las fases que deja una marca indeleble. Sin embargo, para la mujer rifeña, esta etapa no solo implica una metamorfosis en su cuerpo, sino que también altera su rutina diaria y la percepción que su entorno tiene de ella. La pubertad representa el fin de la infancia y el inicio de la edad adulta, una transición que se ve minuciosamente reflejada en los personajes femeninos presentes en las cuatro obras de Najat El Hachmi.

En el contexto de una sociedad patriarcal, la llegada de la pubertad desencadena una notoria transformación en la dinámica de interacción con la mujer, destacándose especialmente el papel del padre. Un ejemplo ilustrativo es el caso de Mimoun y su hija, cuando esta experimenta su primera menstruación: "Padre cambió, conmigo, yo no sé si es que madre se lo dijo o no, pero él hizo un cambio. Empezó a hacer caso de lo que siempre decía madre, que una chica tiene que quedarse en casa y no rodando sola por las calles con su padre a altas horas de la noche" (El Hachmi, 2008,245). La hija percibe de manera aguda esta transición de comportamiento y la complicidad que, poco a poco, se desvanece entre ellos.

Esta metamorfosis cíclica trastoca la percepción de la mujer rifeña; de ser una niña un día, se ve compelida al siguiente a adherirse a las normas sociales destinadas a las mujeres adultas. A los ojos de la sociedad, es catalogada como mujer, sin importar cuán joven sea, desde el momento en que se torna físicamente capaz de procrear, aunque no necesariamente lo sea desde el punto de vista psicológico.

A medida que las chicas crecen, uno de los privilegios más vigentes que desaparece gradualmente es la libertad. Actividades simples, como ir al mercado del pueblo, se transforman en prohibiciones, pues se considera que contradicen las expectativas de lo que se espera de una mujer decente. Como resultado, el proceso de envejecimiento para las mujeres a menudo se traduce en una involución en términos de emancipación, llevándolas hacia una esfera

de libertad limitada o prácticamente inexistente. De hecho, la vida de las chicas experimenta un cambio significativo con la llegada de la pubertad. Naíma, la protagonista de *El lunes nos querrán*, expresa su descontento con su situación a través de la siguiente reflexión:

Pero cuando nos hacíamos mayores nos empezaban a tratar como si fuéramos criaturas sin juicio que no podían valerse por sí mismas. Todo porque nos habían salido esos bultos por todas partes y cada mes nos bajaba un flujo de sangre que sabíamos que era normal por las clases de educación sexual, pero que no nos dejaban vivirla con normalidad porque esa sangre de mierda que nos salía del cuerpo había alterado nuestras libertades. Como si fuera el cerebro lo que se nos escurría entre las piernas. (El Hachmi, 2021, 49-50)

Este pasaje refleja una aguda crítica, señalando cómo el proceso natural de la pubertad, con la llegada de la menstruación, conduce a la percepción de las mujeres como seres incapaces de razonar y valerse por sí mismas. La autora cuestiona la forma en que la sociedad reacciona ante el desarrollo físico de las mujeres, limitando sus libertades y normalizando actitudes discriminatorias. La referencia a la menstruación como "sangre de mierda" destaca la carga negativa y estigmatizada asociada a un aspecto natural del cuerpo femenino. Además, la metáfora de que parece que el cerebro se les escurre entre las piernas subraya cómo la sociedad tiende a reducir la valía de las mujeres a su aspecto físico y funciones biológicas, ignorando su capacidad intelectual y autonomía. En pocas palabras, este fragmento destaca las injusticias y estigmatizaciones que las mujeres enfrentan durante la transición a la adultez, subrayando la importancia de desafiar y cambiar estas percepciones obsoletas y restrictivas.

La sacralidad de la virginidad

A partir de la pubertad, el concepto de virginidad se yergue como una cuestión de singular importancia en el ámbito doméstico. En la sociedad rifeña, este adquiere un estatus casi reverencial, siendo considerado como un elemento sacro que la mujer se halla compelida a resguardar a cualquier precio hasta contraer nupcias. La tradición dicta que, en la primera noche de bodas, tras el acto, los recién casados exhiben en una sábana blanca la mancha de sangre que simboliza la virginidad de la mujer. Este rito se manifiesta de manera elocuente en

El último patriarca: "¿Cómo demostrar al mundo que él era lo bastante viril y su esposa lo bastante decente como para haber conservado el himen intacto? Debía de ser muy extraño que el sexo, tan privado y tabú que era en aquellos lugares, se hiciera tan público en ceremonias como éstas" (El Hachmi, 2008, 109).

Este extracto resalta una de las paradojas culturales que imperan en la región rifeña. Por un lado, el tema del sexo se mantiene censurado, relegado al ámbito privado y evitado en las conversaciones públicas. Sin embargo, por otro lado, emerge de manera notable al concluir las ceremonias nupciales, cuando los espectadores aguardan la confirmación unánime: la presencia de la mancha de sangre en la sábana. De este modo, todo parece indicarnos que la virginidad de la mujer se instaure como emblema de pureza visto que estipula el honor y la reputación de toda su familia. En el caso contrario, perderla antes del matrimonio supone una fama manchada, que tiene como consecuencia la vergüenza y humillación de su entorno. El padre en particular se siente más ofendido, en ocasiones hasta tal punto que no puede enfrentarse a conocidos y va con la cabeza baja por la calle debido al acto considerado deshonoroso de su hija (El Hachmi, 2008, 319).

Cabe señalar que la fundamentación de esta ideología reside más en lo cultural que en lo religioso. La cultura rifeña está moldeada por una serie de normas sociales, no plasmadas por escrito pero estrictas en su cumplimiento. Un ejemplo destacado de estas reglas se revela en las obras de Najat El Hachmi, donde se establece que, durante los siete días inmediatos a la noche de bodas, a la mujer se le exime de cualquier tarea doméstica, permitiéndole sumergirse plenamente en los primeros, y sin duda, más auspiciosos momentos del matrimonio (El Hachmi, 2008, 113).

La posición jerárquica de la mujer rifeña

En concordancia con lo expuesto previamente, la veneración hacia la virginidad femenina delinea una amalgama confusa entre cultura y religión. Si bien la fe musulmana establece la prohibición de las relaciones sexuales antes del matrimonio para ambos géneros, en el contexto de la sociedad patriarcal rifeña, una mujer que transgrede esta norma enfrenta el estigma social, la exclusión, y pone en riesgo no solo su propia reputación, sino también la de toda su familia, contrastando con la realidad del hombre en la misma situación.

A partir de esta premisa, la estructuración de la sociedad patriarcal no se limita a la jerarquización entre el hombre, concebido como superior, y la mujer, vista como inferior. En

las obras objeto de nuestro análisis, no se observa una catalogación del hombre; ya sea este violento, sociable, machista, pacífico, o cualquier otra característica, simplemente se le considera como un hombre sin más distinciones. Contrariamente, la mujer rifeña se divide en dos clases claramente definidas, a partir de las cuales se erigen valoraciones o humillaciones mutuas.

Por un lado, encontramos a la mujer respetable, perteneciente a una "buena familia", quien acata meticulosamente las pautas impuestas por la sociedad patriarcal. Dedicada y laboriosa, asume todas las responsabilidades domésticas sin manifestar quejas. Su carácter reservado la distingue, evitando cualquier relación con hombres ajenos a su entorno familiar. Al llegar al matrimonio, conserva su virginidad, otorgándole una reputación intachable. Cumple con todos los criterios que definen a una excelente esposa: muestra respeto hacia su suegra, nunca alza la voz y acata con diligencia las indicaciones de su esposo.

En *El último patriarca*, las virtudes de la mujer respetable se encarnan a través de las hermanas de Mimoun. Son ejemplos vivos de "mujeres como es debido", poseyendo todas las cualidades asociadas a la decencia femenina. En resumen, "sus hermanas eran como se debe ser, castas" (El Hachmi, 2008, 56). Así, Mimoun anhela una esposa que refleje las virtudes de sus hermanas o, incluso, que sea aún más digna, capaz de ser controlada y moldeada según sus deseos (*Id.* 39).

Es de subrayar, no obstante, que en el contexto de las mujeres nacidas en el Rif pero criadas en el extranjero, como las narradoras de las cuatro obras en cuestión, el encajar en la categoría de mujer decente y proveniente de una buena familia se convierte en una carga que persiste a lo largo de toda la existencia: "La decencia, siempre la decencia, esa sustancia pegajosa que me habían arrojado encima sin saber yo lo que era" (El Hachmi, 2021, 49).

En la estratificación inferior de la jerarquía femenina se halla la figura de la mujer tildada de indecente o "fácil". Se trata de aquella que desafía las normativas patriarcales, especialmente en lo concerniente a su vida íntima, generalmente aparece como soltera y con una reputación desfavorable en su entorno. En las obras de El Hachmi, este papel se personifica en Fatma, prima mayor de Mimoun. Es reconocida por sus encuentros íntimos con varios hombres, aunque adopta prácticas que preservan su himen, a pesar de que esta es una regla sagrada que debe mantenerse antes del matrimonio. La presentación de Fatma en la obra la retrata como una mujer de fácil acceso para los hombres, percibiéndose como un objeto que se utiliza a voluntad para su propio deleite: "Para Mimoun, las mujeres que no se sabían hacer respetar, que no preservaban su honor, eran eso, sólo cavidades donde deshacerse de la propia tensión" (El Hachmi, 2008, 53).

La indecencia femenina puede también derivar de otras razones, entre ellas, el acto de cuidarse, interpretado como un gesto coqueto que se percibe como la voluntad de atraer la atención. De esta manera, se espera que la mujer se comporte de acuerdo con las expectativas masculinas, evitando cautivar en exceso para no suscitar codicia y convertirse en objeto de fantasía (El Hachmi, 2008, 266).

En la narrativa de El Hachmi, los términos empleados para censurar a la mujer que desafía las normas de la sociedad patriarcal son uniformemente despectivos. La utilización de expresiones como "una cualquiera", "una perdida" o "una puta" adquiere una relevancia trascendental, no solo por su persistente presencia a lo largo de las cuatro obras, sino también por las connotaciones que encierran. Estos epítetos se destinan a aquellas mujeres que desafían las convenciones, que son sexualmente libres y que se rebelan contra el establecimiento. Otro ejemplo paradigmático de estas expresiones es el término "domesticar", recurrente en *El último patriarca*. Este vocablo se utiliza de manera regular para describir la acción de Mimoun al someter a su esposa, manteniéndola bajo su dominio y asegurándose de que nunca contravenga sus dictados.

En el tratamiento del tema de la mujer rifeña, la preeminencia de ciertos términos es innegable. Se establece que una mujer "se ofrece" o "se entrega" al hombre al participar en encuentros íntimos al margen del sagrado lazo matrimonial. Un ejemplo elocuente se vislumbra en la obra, donde se relata que "la bailarina que había conocido Mimoun no tardó en ofrecérselo, consciente de que eso entraba dentro del paquete de la actuación" (El Hachmi, 2008, 54). Estas expresiones, de manera exclusiva, recaen sobre la figura femenina, quien aparentemente regala su corporalidad como si careciera de dominio sobre ella, convirtiéndose en propiedad del hombre. Consecuentemente, se materializa una cosificación de la mujer, reducida a mero objeto de deleite masculino. Este patrón degradante, cabe argüir, podría constituir una de las raíces que propician la violencia y el menoscabo hacia la mujer.

La mujer sufrida: una mirada al maltrato

En las cuatro obras literarias de Najat El Hachmi, hay una constante perturbadora que emerge con notable insistencia: la flagrante violencia infligida a la mujer. En el centro de enredadoras tramas se erige un propósito insidioso, cuyo único fin es perpetuar la sumisión femenina al yugo masculino. Este deleznable fenómeno se manifiesta de diversas maneras, desplegando sus oscuros matices en la narrativa. El escenario inicial de esta tragedia se despliega

con la figura de Mimoun, personaje cuyo retrato encierra la esencia misma de la violencia física. Desde los primeros compases del matrimonio, su agresividad y furia se abaten sobre la mujer con una crueldad despiadada (El Hachmi, 2008, 117). Su esposa, atrapada en este vendaval de brutalidad, se ve compelida a lidiar con un dilema angustioso. Por un lado, la educación recibida desde la infancia le dicta el camino de ser una esposa ejemplar; por otro, se ve confrontada a obedecer ciegamente las órdenes contradictorias de su esposo, desgarrándose entre el deber inculcado y la servidumbre a un caprichoso dictador conyugal.

El paradigma máximo de la violencia física, alcanzando niveles de atrocidad que destilan horror, se revela en la trama magistralmente tejida de *Madre de leche y miel*, una obra donde destaca el ejemplo más extremo entre las cuatro creaciones literarias de la autora. En este relato, una mujer perteneciente al árbol genealógico de Fátima, la protagonista, soporta una flagelación física prácticamente diaria a manos de su esposo, una cruel realidad que se prolonga durante años. La complicidad vil de su suegra y cuñadas, materializada en un silencio encubridor, funge como un tétrico coro de testigos mudos ante la barbarie que se despliega en el seno familiar. Se trata de un ímpetu desbordado de violencia que culmina de manera trágica al arrebatarse la vida a la mujer, luego de un parto más en la secuencia de infortunios y el ominoso cúmulo de maltratos que ha padecido (El Hachmi, 2018, 78-84). Un desenlace desgarrador que deja a sus hijos en la orfandad materna. Sin embargo, esta brutalidad, aunque devaste vidas y diluya la esperanza en un manto de desolación, encuentra un aliado insospechado en la impunidad. La justicia, desgraciadamente, no levanta la mirada para condenar tales actos, ensalzando al hombre como el soberano indiscutible que rige sobre los destinos y las leyes.

En la trama de *El último patriarca*, la insidiosa danza de la violencia psicológica se despliega como una tétrica sinfonía en la sociedad patriarcal que enmarca la narrativa. En este contexto, Mimoun, el protagonista de esta dolorosa travesía, se convierte en un artífice maestro de la degradación emocional hacia su esposa. A través de un deplorable y sistemático repertorio de insultos, menosprecios y la sutil coacción para que ella misma ratifique injurias como "puta" o "vergüenza" para su propia familia, Mimoun teje hábilmente un manto oscuro que envuelve gradualmente la psique de su víctima (El Hachmi, 2008, 239-240). Este atroz juego psicológico, cargado de desprecio y humillación, se erige como un instrumento de opresión que va calando lentamente en el ser de la mujer, erosionando su autoestima y dejando cicatrices invisibles pero profundas en su esencia. En esta dolorosa danza de deshonor orquestada por el "último patriarca", la víctima se ve atrapada en un laberinto emocional donde la libertad y la dignidad se desdibujan ante la tiranía de las palabras y la despiadada manipulación del alma femenina. No hay que olvidar que el mencionado victimario no vacila en invo-

lucrar a su propia hija en esta violencia conyugal, lo que supone una carga emocional para una menor de edad.

La sombra de la violencia sexual se proyecta, en las obras de El Hachmi, con intensidad, desplegando su crudeza principalmente desde la primera noche de bodas. En este oscuro rincón narrativo, la violación conyugal, aunque no sea etiquetada como tal por los personajes, se revela de manera elocuente a través del énfasis que la autora coloca en la ausencia de consentimiento por parte de la mujer en este acto. La escritura de El Hachmi se convierte así en un espejo que refleja las penumbras de una realidad donde el cuerpo de la mujer se ve sometido a una brutalidad sin paliativos, incluso en el sacrosanto contexto del matrimonio. La omisión del reconocimiento explícito de la violación conyugal por parte de los personajes no atenúa la crudeza de la experiencia narrada; por el contrario, intensifica el peso de la negación y la vulneración, revelando la complejidad y la gravedad de la violencia sexual arraigada en la trama literaria.

Es de apuntar aquí que, en la narrativa de Najat El Hachmi, se observa una cuidada elección léxica al abordar situaciones delicadas, como las agresiones sexuales. El término "violar" es hábilmente eludido, dando paso a expresiones más sutiles como "jugaron con ella" o "la estropearon", como se evidencia en *La hija extranjera* (180). Este recurso lingüístico, que parece emular la descripción de un trato a un objeto inanimado, despoja a la acción de la gravedad inherente que conlleva.

Es crucial destacar que las narrativas de El Hachmi no excluyen la posibilidad de agresiones y violencias sexuales perpetradas por mujeres. Un ejemplo elocuente se presenta en *La hija extranjera*, donde la hija de Fátima es víctima de agresión sexual durante su infancia, perpetrada por una amiga de su madre durante una siesta en el pueblo (El Hachmi, 2015, 74). Este relato revela la complejidad y diversidad de las experiencias narrativas, subrayando que las atrocidades no conocen barreras de género.

La manifestación de la violencia sexual puede entenderse como una secuela de la estructura patriarcal que impera en la sociedad, donde los géneros son demarcados con notoria distinción, dando origen a una segregación palpable (Ramírez Rodríguez y Vargas Daza, 26). Las pautas que emergen como consecuencia de esta segregación son, de manera imperante, impuestas sobre la mujer. Sin embargo, es digno de señalar que la mujer, ya sea de forma consciente o inconsciente, también contribuye a la perpetuación de este sistema.

Custodia y transmisión femenina en el entramado del patriarcado

A modo de analogía, en la riqueza cultural latinoamericana se sostiene que el papel desempeñado por la mujer no solo contribuye al mantenimiento del machismo, sino que también lo define, revelándose a través de facetas conductuales como la sumisión, la invisibilidad, la obediencia y la fidelidad (Martínez Rivera y Díaz del Ángel, 43). Esta compleja interacción de comportamientos femeninos, en contraste con la presunta supremacía masculina, constituye el fundamento para la naturalización de las desigualdades de género. Este patrón, con su intrincada red de subyugación, encuentra paralelismos en la experiencia de la mujer rifeña, caracterizada por una notoria tolerancia hacia las violencias perpetradas por el hombre y su constante tendencia a justificar dichos actos a través de su propio comportamiento.

Llama la atención cómo en el universo literario de Najat El Hachmi, la mujer perteneciente a la primera generación de inmigrantes se erige como la guardiana y transmisora de la tradición. De hecho, en *El último patriarca*, el comportamiento de las mujeres que gravitan en torno a Mimoun desempeña un papel fundamental en la gestación de su ideología machista.

No sufras que todo se arreglará. Ésa era la frase que Mimoun estaba acostumbrado a oír de sus hermanas, ellas lo arreglaban todo y esta vez no sería diferente, por grave que pareciera la situación. Muchos de los éxitos del gran patriarca no se explicarían si no fuera por las mujeres que lo han rodeado siempre y que le sacaban -y todavía le sacan- las castañas del fuego: la abuela, las tías y, más tarde, madre. (El Hachmi, 2008, 102)

Como lo evidencia la cita, tanto la madre, las hermanas como la esposa desempeñan roles de suma importancia en el desarrollo psicológico y social del hombre. Las hermanas, más allá de resolver sus inconvenientes, se abocan a la tarea de impedirle realizar cualquier labor, por más nimia que sea, incluso pelar una fruta, considerándola su responsabilidad (El Hachmi, 2008, 134-135). El patriarca, en su génesis, se configura, entre otros factores, a partir de las influencias femeninas en su vida (*Id.* 103).

Conflicto generacional: experiencias de mujeres rifeñas inmigrantes de primera y segunda generación

Dos de las cuatro novelas que integran nuestra investigación comparten la trama, presentando una narrativa dual desde las perspectivas contrastantes de la hija y la madre. Estas obras son *La hija extranjera* y *Madre de leche y miel*. En ambas narrativas, se expone la vida de Fátima, una mujer rifeña criada en el seno de una familia arraigada en tradiciones. Su destino predefinido abraza el matrimonio y la maternidad. Aunque elige a su esposo, un privilegio raro en una sociedad donde los matrimonios son mayormente arreglados, la ausencia prolongada de él en el extranjero deja a Fátima y su hija Sara Sqali atrás. Se instala en la casa de su familia política, luchando por integrarse por completo. Fátima, en un acto de rebeldía radical, decide viajar al extranjero, específicamente a Cataluña, en busca de su esposo. Aunque no logra recuperarlo, ella y su hija se establecen en un pueblo cercano a Barcelona, donde Fátima enfrenta desafíos y adversidades para sobrevivir. El choque cultural y lingüístico dificulta su integración, mientras que su hija crece en una sociedad desconocida, experimentando la educación y enfrentándose a cuestionamientos existenciales sobre vivir entre dos mundos.

Al abordar el conflicto entre las dos mujeres, podemos interpretar y considerar a la madre como una inmigrante de primera generación y a la hija como una inmigrante de segunda generación. Es crucial destacar que nuestra intención no es aplicar estos términos en el contexto histórico de la migración rifeña a Cataluña, sino más bien situarlos en el ámbito específico de las obras de Najat El Hachmi.

Por un lado, la madre representa el prototipo de la mujer arraigada en la tradición rifeña, incluso estando lejos de su tierra natal. En el extranjero, sus desafíos principales incluyen la condición de analfabeta, la responsabilidad de criar a su hija a solas, el esfuerzo constante para ganarse la vida y asegurar un hogar digno, y la confrontación con las percepciones ajenas.

En el caso de Fátima, su falta de conocimiento del catalán complica su inserción en la sociedad de acogida. No obstante, para garantizar su supervivencia, transgrede algunas normas arraigadas en ella, como dirigirse a un hombre desconocido y mantener contacto visual directo al hablar. En su lugar de origen, el hecho de que una mujer afronte desafíos sola es interpretado como actuar "como un hombre" (El Hachmi, 2018, 141). En consecuencia, atributos como valentía, audacia y esfuerzo se consideran tradicionalmente vinculados al género masculino. Habiendo sido moldeada por los valores arraigados en la sociedad patriarcal, la madre se convierte en la portadora y transmisora de este legado, contribuyendo así a su perpetuación. Le inculca a su hija pautas sobre comportamiento, lenguaje, vestimenta y otros aspectos esenciales para ser percibida como una mujer respetable. La falta de presencia pater-

na refuerza el deseo de la madre de inculcar a su hija las normas que rigen en su comunidad de origen.

La madre desempeña un papel fundamental en el hogar, siendo el pilar central. Cuando ella enferma, la hija experimenta una profunda soledad en el mundo (El Hachmi, 2015, 202). Por ende, se establece una relación de dependencia en la cual es difícil concebir que una pueda vivir sin la otra. En el extranjero, los roles experimentan un cambio significativo: la madre comparte sus inseguridades con la hija, quien se convierte en la única persona con la que se comunica. La hija, a su vez, actúa como traductora y mediadora entre su madre y la sociedad catalana, acompañándola en todos los espacios públicos (El Hachmi, 2018, 223).

En lo que respecta a la hija, se distingue por su ambición, rebeldía y determinación para escapar de las convenciones establecidas. Su anhelo de libertad la impulsa a esforzarse por integrarse en la sociedad de acogida, aprendiendo el idioma y adoptando comportamientos europeos. No obstante, se encuentra inmersa en un conflicto mental entre adoptar un estilo de vida occidental o adherirse a las normas patriarcales transmitidas por su madre, con el objetivo de preservar su dignidad. A los dieciocho años, Sara Sqali se ve obligada a casarse con su primo, portar el velo y renunciar a sus estudios para no manchar el honor de su familia, expresando: "Mi reputación es impecable. Mi reputación es la de mi madre" (El Hachmi, 2015, 24).

Su dilema radica en hallarse atrapada entre dos realidades, lo que la lleva a oscilar entre dos modos de vida distintos. De hecho, el acceso a la educación, un privilegio que le fue ajeno a su madre, se convierte en el foco central de su reflexión, induciéndole a alterar el rumbo de su vida. La educación surge como la ruptura de los paradigmas arraigados en la sociedad patriarcal. Aunque brinda nuevas oportunidades, la inmigración por sí sola no es suficiente en este caso específico. Un ejemplo palpable es Fátima, quien sigue estando bajo el control del sistema en el que ha crecido.

A estas alturas, es evidente que, a pesar de compartir la misma condición de inmigrantes rifeñas en Cataluña, madre e hija experimentan notables disparidades en sus circunstancias, trayectorias vitales e ideologías, generando así una marcada brecha generacional. La sumisión de la madre y la subversión de la hija representan dos caras opuestas de una realidad compartida. No obstante, El Hachmi matiza ambas perspectivas, introduciendo giros sorprendentes: la madre desafía las normas patriarcales al emprender sola el viaje al extranjero con su hija, revelando su rebeldía. Por otro lado, la hija, a pesar de resistirse, se ajusta al destino tradicional de la mujer rifeña al casarse con su primo. Con esta polarización, la autora logra

equilibrar dos visiones femeninas distintas, otorgando voz y espacio a cada una para relatar su propia historia.

Tanto en *El último patriarca* como en *El lunes nos querrán*, se destaca el contraste entre la mujer inmigrante de primera y la de la segunda generación. En las cuatro obras en cuestión, la relación llega a su fin al concluir la trama, ya que la hija opta por un camino que la libera de la presión de la sociedad androcéntrica que confina a la madre en la categoría de mujer subalterna. Esta última se somete a las normas de decencia, mientras que la hija opta por romper con estos preceptos intentando forjar su propio destino lejos de las restricciones e interdictos patriarcales.

Entre maternidad y maternaje

Explorar las implicaciones de la maternidad y del maternaje, dos conceptos estrechamente relacionados con la experiencia de la mujer rifeña en la creación literaria de Najat El Hachmi, sería muy sugestivo. Pues, es sabido que la primera noción se define como el acto biológico de dar a luz, una capacidad compartida por muchas mujeres. En diversas sociedades, la identidad femenina se moldea alrededor de la habilidad de procrear y el singular don de albergar a otro ser en el propio cuerpo. La aspiración de la mujer a ser madre trasciende lo meramente biológico para adentrarse en el ámbito cultural (Saletti Cuesta, 175).

En lo que al maternaje se refiere, suele corresponder a la "configuración psicosocial del rol materno o ejercicio de la crianza" (Montiel Carbajal, 101). Este proceso engloba el cuidado, la educación, la provisión de amor, la defensa y la protección de los hijos, con el objetivo de integrarlos socialmente y proporcionarles todas las herramientas necesarias para enfrentar la vida (*Id.* 102). Las diversas etapas del maternaje se desarrollan gradualmente, y la naturaleza de la vida futura de la progenie está intrínsecamente ligada a las acciones y experiencias de la madre (Vindas González, 50).

Puede decirse, entonces, que la diferencia clave radica en que la maternidad se centra más en el aspecto biológico y el hecho de ser madre, mientras que el maternaje abarca un conjunto más amplio de roles y responsabilidades relacionados con la crianza y el cuidado de los hijos, independientemente de la relación biológica.

En las obras mencionadas, Fátima personifica tanto la maternidad como el maternaje al dar vida a Sara, encargarse de sus necesidades, educarla y brindarle todo el afecto necesario. Su mérito se magnifica al ser madre soltera y emigrante en un país desconocido, donde ha enfrentado desafíos significativos y ha trabajado arduamente para proporcionar a su hija

las mejores oportunidades. El Hachmi utiliza la cita de *El arte de amar*, en referencia al libro de Erich Fromm, donde este psicoanalista y psicólogo social alemán aborda el amor en términos generales, incluyendo un apartado sobre el amor materno:

La tierra prometida (la tierra e siempre un símbolo materno) se describe como «plena de leche y miel». La leche es el símbolo del primer aspecto del amor, el de cuidado y afirmación. La miel simboliza la dulzura de la vida, el amor por ella y la felicidad de estar vivo. La mayoría de las madres son capaces de dar «leche», pero sólo unas pocas pueden dar «miel» también.(...) El amor de la madre a la vida es tan contagioso como su ansiedad. Ambas actitudes ejercen un profundo efecto sobre la personalidad total del niño; indudablemente, es posible distinguir, entre los niños y los adultos los que sólo recibieron «leche» y los que recibieron «leche y miel». (Fromm,40)

Este pasaje refleja estereotipos de género al asociar la maternidad con roles emocionales específicos. La distinción entre proporcionar "leche" (cuidado) y "miel" (felicidad) puede reforzar la idea de que las madres son responsables no solo del cuidado físico, sino también de la felicidad emocional, imponiendo cargas adicionales. Esto limita la diversidad de experiencias femeninas y sugiere una necesidad de reevaluar los roles de género asociados con la maternidad desde una perspectiva más equitativa.

En función de estas consideraciones, puede afirmarse que Fátima emerge como una "madre de leche y miel" al proporcionar vida y sumergirse plenamente en el proceso de crianza de su hija, acompañándola en todas las facetas de su desarrollo. Por otro lado, Sara Sqali personifica la maternidad desprovista de maternaje, ya que da a luz a un hijo como resultado de un matrimonio fracasado con su primo. Pues por tratarse de un casamiento forzado, el resultado final fue el abandono del hijo, ya que la protagonista se sintió incapaz de asumir su educación y cuidado.

Paralelismo entre la mujer rifeña y la mujer catalana

En las obras literarias de Najat El Hachmi, las protagonistas son mujeres rifeñas que han migrado a Cataluña, enfrentándose a la complejidad de vivir en un entorno social y cultural distinto al de su origen, marcado por una arraigada estructura patriarcal. Este contexto les plantea desafíos significativos en términos de integración y las coloca en una dualidad de rea-

lidades. Esta dualidad se manifiesta de manera destacada en *El lunes nos querrán*, donde la trama sigue la historia de Naíma y su relación con su amiga, explorando sus evoluciones y luchas compartidas. A pesar de ser ambas de origen rifeño, sus estilos de vida difieren notablemente; la protagonista sigue una estructura familiar más tradicional, mientras que su amiga opta por un enfoque más liberal. A medida que la narrativa avanza, se destaca el contraste entre ambas, revelando cómo estas diferencias influyen en sus vidas. No obstante, a pesar de sus modos de vida dispares, Naíma y su amiga comparten un objetivo común: escapar de la realidad que les impone el entorno del barrio, un espacio donde se les niega la posibilidad de ser quienes desean ser (El Hachmi, 2021, 88). Esta obra de El Hachmi no solo narra la complejidad de las experiencias de estas mujeres rifeñas en Cataluña, sino que también explora la unidad que encuentran en su deseo compartido de superar las limitaciones impuestas por su entorno.

Para comprender más a fondo el contexto e ideología de estas protagonistas, resulta fascinante contrastar la figura de la mujer rifeña con la mujer catalana. Las narradoras en las novelas de Najat El Hachmi se distinguen por su seriedad y dedicación al trabajo. Son estudiantes ejemplares, obteniendo reconocimientos y premios. Un ejemplo de ello es Naíma, quien experimenta su victoria con cierta desilusión al observar las reacciones a su alrededor, marcadas por la incredulidad. Es admirada por sus raíces marroquíes rifeñas y, al mismo tiempo, por su logro en la escritura, dos aspectos que parecen contradictorios desde la perspectiva europea.

Este comportamiento genera discriminación en el entorno escolar por parte de sus compañeros: "Creían que no podíamos ni hablar, ¿cómo íbamos a escribir?" (El Hachmi, 2021, 149). La discriminación se erige como uno de los elementos fundamentales que la impulsan a buscar la invisibilidad en la sociedad catalana. Esta adaptación se manifiesta en aspectos físicos, laborales y en su elección de estilo de vida.

Todo da a entender que la mujer rifeña de segunda generación, representada por Naíma, aspira a apropiarse de la imagen de la mujer española y europea en general: "Limpia, lisa y ordenada. Intentando parecer siempre lo menos mora posible" (El Hachmi, 2021, 177). Este acto de apropiación/emulación supone un anhelo que va en una dirección única. Paradójicamente, en su lugar de origen, imitar la vestimenta y otros aspectos de las mujeres occidentales se considera vergonzoso e incluso un pecado (El Hachmi, 2008, 177). Se trata, a nuestro modo de ver, de una especie de europeización de estos personajes femeninos, un fenómeno que se desarrolla de manera intrincada en la narrativa que nos ocupa. No obstante, no faltan indicios de que este deseo de adoptar un estilo de vida contradice los valores petrificados dictados por las normas de la sociedad de origen (El Hachmi, 2021, 46).

Estándares de belleza

La problematización de la integración de las narradoras en la sociedad catalana se inicia al poner de relieve las complejidades de su aspecto físico externo. En un primer plano, la importancia atribuida al color de la piel emerge como un factor primordial para determinar su origen. En el contexto del Rif, las mujeres de tez oscura son presentadas en cuentos e historias como esclavas, relegándolas a no ser las preferencias iniciales en el ámbito matrimonial (El Hachmi, 2008, 61). En contraposición, la mujer de ascendencia "blanca" europea ostenta un estatus social más elevado. La protagonista de *La hija extranjera* hace alusión a su piel de tono oliva, recordándole diariamente su condición de extranjera (El Hachmi, 2015, 67).

El cabello, por su parte, se erige como un elemento significativo para la mujer rifeña que aspira a integrarse en esta sociedad catalana. De hecho, en su afán de adherirse a los estándares de belleza europeos, alisa constantemente su cabello a pesar de tenerlo naturalmente rizado: "Me peinaba el pelo, liso por fin. Dominado por fin" (El Hachmi, 2015, 29). Esto supone que no se trata, aquí, de un mero gesto de embellecimiento estilístico, sino de un acto que encierra una desesperación y un cambio profundo. La expresión "Nuestra lucha común contra aquella inherencia rizada" (*Id.* 30) evidencia la carga asociada a poseer ciertos atributos físicos distintivos y la determinación de asemejarse lo más posible a los nativos españoles.

La búsqueda de integración parece, en definitiva, estar estrechamente ligada a la apariencia física. En el contexto de la belleza femenina entre las mujeres rifeñas, la corpulencia y prominencia se destacan como características distintivas. La propia escritora lo patentiza al afirmar que la delgadez se percibe como una cualidad asociada a chicas más glamurosas, adineradas y menos vinculadas a la identidad mora. Así, las protagonistas femeninas evitan identificarse con esta figura y prefieren adoptar una apariencia más esbelta. No es de extrañar, entonces, que la reflexión personal que se hacen las narradoras de las obras consista en que por mucho que hablen o se comporten como los nativos, sus cuerpos y características físicas las delatan, y les harán recordar a ellas y a los demás de dónde son.

Se puede afirmar que, en las obras de El Hachmi, las descendientes de las familias de inmigrantes manifiestan un ardiente deseo por la libertad europea, anhelando encajar plenamente en la sociedad en la cual viven. Buscan una existencia que contrasta radicalmente con

las restricciones e imposiciones sufridas en sus sociedades de origen. Este empeño se refleja en su deseo de autorrealizarse plenamente lejos de cualquier limitación o interdicto.

Se trata, en realidad, de una búsqueda y anhelo de emancipación que proporciona a estos personajes femeninos un sentido de identidad autoconstruida y de control sobre sus propios destinos. No obstante, con el transcurso del tiempo, se percatan de que esta nueva existencia no les brinda una plenitud absoluta. En realidad, en lugar de abordar las problemáticas y desacuerdos previos, han optado por transformar radicalmente sus vidas. De este modo, la libertad que persiguen no resulta ser una elección deliberada, ya que terminan insertándose en una sociedad que también está sujeta a ciertas normas patriarcales. No en balde se descubre a la protagonista de *El lunes nos querrán* como una joven que desafía las convenciones y se muestra reacia a seguir las instrucciones de su madre y de las mujeres tradicionales de su comunidad natal. Siente la imperante necesidad de desvincularse de los moldes en los que estaba predestinada. Su aspiración es adoptar un estilo de vida al modo europeo, buscando la posibilidad de compartir ingresos y responsabilidades domésticas con su esposo, una noción completamente ilusoria en el contexto de la mujer rifeña.

Con una perspectiva ideológica más permeable a las influencias de la sociedad anfitriona, la protagonista se muestra firmemente convencida de haber elegido la opción más acertada al contraer matrimonio con un caballero rifeño inmigrante, cuya residencia predominante ha sido en Cataluña. La presencia de este caballero de ascendencia marroquí en suelo español se erige como objeto de fascinación para Naíma, a quien le resulta sugestivo como testigo de la herencia de los aspectos positivos de ambas culturas. En un inevitable giro del destino, la protagonista percibe que la mentalidad del hombre dista considerablemente de la cara que él ostenta, revelándose al final como un “verdadero hijo del Rif”. En consecuencia, arrastra consigo todos los matices sociales, culturales y religiosos inherentes a su origen: "Llevan engañándonos desde el principio, nunca han querido cambiar, lo de antes, ser como nuestros padres, es demasiado cómodo, no van a renunciar a ello" (El Hachmi, 2021, 232).

Se puede decir, en pocas palabras, que los personajes femeninos en las obras de El Hachmi representan un colectivo de mujeres en permanente crisis identitaria. La expresión "Ya sabes, aquí aún no te consideran del país y allí creen que ya has dejado de ser como ellos" es muy reveladora en este sentido (El Hachmi, 2021, 244). Ser inmigrante, en consecuencia, conlleva inevitablemente la marca de la diferencia, a pesar de los esfuerzos dedicados a integrarse en la sociedad de acogida. La enaltecida percepción del estilo de vida de la mujer europea provoca desencanto en la mujer rifeña al descubrir que estas figuras no eran tan independientes y liberadas como imaginaba. No obstante, "esa idealización nos sirvió

para transitar el sendero hacia una libertad que íbamos descubriendo a medida que la conquistábamos" (*Id.* 178). A pesar de las dificultades inherentes, todo el proceso se revela como imperativo para alcanzar un autoconocimiento profundo y la construcción de una identidad propia.

Conclusión

En la narrativa de Najat El Hachmi se delinearán patrones recurrentes que reflejan la experiencia única de la mujer rifeña. Aspectos como el patriarcado, la violencia, la hipersexualización del cuerpo femenino y la invisibilidad social en contraste con el rol fundamental en el ámbito doméstico, entre otros, conforman la estructura común en las cuatro obras examinadas. Aunque estas obras comparten similitudes en las circunstancias y contextos de los personajes, se observa una evolución en la representación de las mujeres a lo largo de la narrativa de El Hachmi.

El patriarcado, siendo la raíz en todas las obras, destaca particularmente en *El último patriarca* al explorar la perspectiva masculina de Mimoun. No obstante, en las novelas subsiguientes, las mujeres asumen roles protagónicos, narrando sus propias vivencias y desafíos. Las protagonistas son mujeres rifeñas inmigrantes en Cataluña, viviendo en la encrucijada de dos mundos. Esta comparación entre la mujer rifeña y la mujer catalana se torna evidente en *El lunes nos querrán*, fundamentando gran parte de la trama.

Una reflexión clave extraída de estas obras es que la historia supera la importancia de los personajes en sí. Los nombres de los personajes de segunda generación se mantienen ocultos, subrayando su función como herramientas para denunciar el sistema androcéntrico y combatir los prejuicios de género. La falta de interés en la identificación personal destaca la relevancia de narrar ideologías, creencias y experiencias. En este contexto, la inmigración de Najat El Hachmi da origen a contrastes entre la cultura de origen y la del país de acogida, provocando una profunda reflexión sobre los valores a preservar y defender.

Aunque su escritura puede contener hipérbolos u omisiones, El Hachmi arroja luz sobre las temáticas que representan la tradición y cultura rifeña en el contexto de la inmigración catalana. Al igual que la autora no puede desprenderse por completo de su identidad marroquí-rifeña al escribir en catalán, las narradoras de sus obras tampoco pueden desligarse completamente de su educación y cultura original. El acto de desvincularse de la religión musulmana y la sociedad patriarcal, posible al vivir en el extranjero, se presenta como un desafío

que demanda sacrificios y el desaprendizaje de creencias arraigadas. La lucha contra el patriarcado, evidenciada en los personajes creados por El Hachmi, destaca las diversas causas que impulsan a sus protagonistas a buscar la "liberación".

En última instancia, la autora ofrece una visión matizada y poliédrica de la mujer marroquí. Su obra refleja la diversidad de roles que puede asumir: madre, hija, ama de casa, estudiante, sumisa, rebelde, trabajadora, tímida, atrevida, entre otros. Esta multiplicidad de facetas configura la esencia e identidad de la mujer marroquí en sus relatos.

© Leila Temsamani

Referencias bibliográficas

- Aveiro Vargas, Raquel Magdalena. *Desigualdades de género en el trabajo doméstico y asalariado de las mujeres*. 2021. Universidad Carlos III de Madrid, Estudios Avanzados en Derechos Humanos, tesis doctoral.
- El Hachmi, Najat. *El lunes nos querrán*. Planeta S.A., 2021.
- . *Madre de leche y miel*. Trad. Rosa María Prats. Planeta, S.A., 2018.
- . *La hija extranjera*. Trad. Rosa María Prats. Planeta, S.A., 2015.
- . *El último patriarca*. Trad. Rosa María Prats. Planeta, S.A., 2008.
- Figuroa-Perea, Juan Guillermo. "Algunas reflexiones para dialogar sobre el patriarcado desde el estudio y el trabajo con varones y masculinidades". *Sexualidad, Salud y Sociedad. Revista Latinoamericana* núm. 22, 2016, pp.221-248.
- Flores, Mitzy. "Imaginario femenino, identidad y vida cotidiana". *Revista Estudios Culturales*-Vol. 1, 2008, pp.127-139. *Dialnet*. Web.30 de sep. 2023. Archivo PDF.
- Franco Pérez, María de la Luz. "Objetificación de la mujer en los medios de comunicación y su relación con el acoso callejero". *Vínculos. Sociología, análisis y opinión* núm. 11, 2017, pp. 177-192. Disponible en: http://www.publicaciones.cucsh.udg.mx/ppperiod/vinculos/pdfs/vinculos11/V11_9.pdf
- Fromm, Erich. *El arte de amar, una investigación sobre la naturaleza del amor*. Paidós, 1977.
- González, Enrique et al. *Lentes de género, Lecturas para desarmar el patriarcado*.
- Fundación Juan Vives Suriá, 2010.
- Lamo Velado, Irene de. "La persistencia del patriarcado. Análisis sociolegal sobre la desinstitucionalización de la familia nuclear patriarcal y la evolución de la opresión de las mujeres en el siglo XXI". *Igualdad ES* Vol. 5, 2021, pp. 427-459. Disponible en: <https://www.cepc.gob.es/sites/default/files/2021-12/39612igdes505lamo-velado.pdf>
- Martínez Rivera, Fermina, y Díaz del Ángel, Emmanuel. "México: el reto de ser mujer dentro de una estructura patriarcal". *Asparkia. Investigación Feminista* núm. 38, 2021, pp.41-58.
- Montiel Carbajal, María Martha. "La conformación psicosocial del maternaje y su impacto en la salud de la familia". *Psicología y Salud* Vol. 26, 2016, pp. 101-110.
- Nohlen, Dieter. *Ciencia política comparada. El enfoque Histórico-empírico*. Colección de Ciencias Políticas y Sociología, 2013.
- Ramírez Rodríguez, Natalia María y Vargas Daza, Lina Fernanda. *Análisis de la invisibilización del trabajo de la mujer afectada por la violencia basada en género, vista desde la economía del cuidado en perspectiva regional 2010–2018*. 2019. Universidad de la Salle, Trabajo de grado- Pregrado.

Saletti Cuesta Cta, Lorena. "Propuestas teóricas feministas en relación al concepto de maternidad". *Clepsydra* Vol. 7, 2008, pp.169-183.

Vindas González, Adriana. "Reflexiones sobre el ejercicio actual de la maternidad". *Revista Costarricense de Psicología* Vol.29,2010, pp.47-55.

